

LIBRO CUARTO

LAS ELECCIONES PARA LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE

(EXTRACTO DE LA OBRA DE M. DE LA GORCE)

SUMARIO: I.—Institución del sufragio universal.—Elecciones fijadas para el 23 de abril.—Sentimientos de las masas.—Esfuerzos del partido radical para sorprender ó aplazar la votación; fracaso de estas tentativas.—La candidatura oficial.—Presión ejercida en París sobre el cuerpo electoral.—Agitación general.—Cuadro del período electoral; candidatos demócratas y candidatos conservadores.

II.—Jornada del 23 de abril; resultado de las elecciones; triunfo de la mayor parte de los antiguos parlamentarios.—Brillante éxito de Lamartine; todo anuncia que la mayoría será republicana, pero poseída de sentimientos moderados.—Cólera del partido radical.—Sedición en Limoges. Motín en Ruán: represión sangrienta.

III.—Apertura de la Asamblea (4 de marzo).—Aclamación de la República; examen de las actas; elección de la mesa: Buzeh nombrado presidente.—Informe de Lamartine; cómo idealiza la República de 24 de febrero; informes de cada uno de los ministros; la Asamblea decide que «el gobierno provisional ha merecido bien de la patria.»

IV.—Necesidad de nombrar un poder ejecutivo que funcione hasta que se vote la Constitución; dos combinaciones, una creando un presidente del consejo y ministros nombrados por la Asamblea, y otra estableciendo una comisión ejecutiva investida de un poder propio; Lamartine se adhiere á la segunda combinación.—Nombramiento de la comisión ejecutiva: Arago, Garnier-Pagès, Marie, Lamartine y Ledru-Rollín; peligrosa victoria de Lamartine; formación del ministerio. La comisión ejecutiva no es más que el Gobierno provisional continuado.

I

El día siguiente á la revolución, el gobierno provisional había encargado á los señores Cormenin é Isambert la elaboración de un proyecto de ley electoral, y el 5 de marzo este proyecto había sido convertido en decreto. Con la imprevisora temeridad que reinaba entonces, se habían suprimido todas las condiciones de censo, instituyéndose *el sufragio universal directo*. Todo francés no privado de sus derechos civiles era elector á los veintitún años y elegible á los veinticinco. Los representantes habían de ser en número de novecientos. La votación tenía que verificarse en la cabeza de cantón y por medio de escrutinio secreto, en lista que contuviese tantos nombres como representantes elegía el departamento. Ningún candidato era válidamente elegido si no reunía al menos dos mil sufragios. Señalábase, en fin, una indemnización de veinticinco francos diarios á los futuros legisladores.

Las elecciones, fijadas desde luego para el 9 de abril, habían sido definitivamente aplazadas para el domingo, 23 del mismo mes. En la época á que hemos llegado iba á verificarse tan imponente manifestación. El movimiento del 16 de abril había sido reprimido al grito de «¡abajo los comunistas!» Y este grito, propagándose como una consigna por toda Francia, donde se iniciaba una reacción conservadora, iba á reunirse en los comicios á todos los electores que querían la integridad de la familia y la inviolabilidad de la propiedad.

Algunos jefes del partido radical hubieran querido precipitar las elecciones á fin de que el país no tuviese tiempo de reflexionar; otros, el mayor número, hubieran deseado por el contrario una prolongación de dictadura que les permitiese preparar las masas á su gusto. Al

convencerse de que era imposible sorprender la votación precipitándola, y asegurarla retrasándola, buscaron en la candidatura oficial una postrer probabilidad de éxito.

En ciertos departamentos los comisarios crearon, con fondos públicos, periódicos destinados á apoyar á los candidatos radicales y á veces su propia candidatura. En otras partes empleáronse considerables sumas en distribuir la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano ó Catecismos electorales*. En muchos departamentos la prefectura hizo imprimir listas de candidatos, carteles, profesiones de fe y avisos de toda clase.

En París, Luis Blanc, deseoso de asegurar el éxito del *partido obrero* y sobre todo el suyo, transformó en agentes electorales los delegados del Luxemburgo, á quienes hizo formar una candidatura. París había de nombrar treinta y cuatro diputados. La lista de candidatos del partido obrero contenía veinte obreros más ó menos auténticos, cuatro miembros del gobierno provisional, el prefecto de policía Caussidiere y nueve jefes de clubs ó escritores del partido radical.

Lo que Luis Blanc hacía en el Luxemburgo en provecho de las ideas radicales, lo hacía Marrast en el Hotel de Ville á favor de las ideas moderadas. Mandó imprimir en papel color de rosa y repartir á los alcaldes de distrito un millón de ejemplares de una candidatura de la cual estaba rigurosamente excluido el elemento socialista y jacobino. Marie procuraba asociar á sus miras los talleres nacionales, hostiles á las corporaciones de oficios. Quinientos agentes de dichos talleres se ocupaban en distribuir una lista publicada por el comité de *La Unión de trabajadores* y en que no figuraba ningún miembro de la minoría del gobierno provisional. Otra lista, redactada en el mismo espíritu, fué entregada el

día 22 de abril á uno de los funcionarios superiores de los talleres, que la recomendó y la hizo aclamar por sus subordinados en una reunión pública. De modo que en el Luxemburgo, como en el Hotel de Ville, las dos fracciones rivales del gobierno provisional se servían de su autoridad para atraerse la masa electoral. Ledru-Rollín tenía también sus listas y se disponía á enviar sus agentes á las alcaldías para vigilar el escrutinio.

Todas estas tentativas, tanto en París como en provincias, se perdían en medio de la agitación general. El derecho de sufragio y de elegibilidad concedido á todos los ciudadanos despertó las ambiciones de un modo increíble, y la nación se mostraba tan afanosa de gozar de su nueva conquista, que no se hablaba ni se quería oír hablar más que de las elecciones. Surgían millares de candidaturas y se fijaban en las esquinas ó se distribuían por la calle innumerables manifiestos. Los republicanos viejos hablaban de sus persecuciones y de sus encarcelamientos. Los jóvenes prometían consagrar á la causa popular los largos años de su porvenir. Todos se decían hombres del pueblo, obreros, antiguos obreros, ó al menos hijos ó parientes de obreros. Surgió de pronto un número infinito de ciudadanos que habían conspirado en las *ventas* en tiempo de la Restauración, que habían acompañado á los cuatro sargentos de la Rochela al pie del patíbulo, que se habían batido en 1830 contra la guardia real, que habían estado afiliados á las sociedades secretas, que habían fundido balas en febrero ó removido los adoquines de las barricadas. De todos aquellos innumerables candidatos no había uno solo que no prefiriese la vida privada á la vida pública y que no cediese por fuerza á las instancias de sus amigos. Todos tenían recetas infalibles para disminuir ó suprimir los presupuestos. Fué la época triunfante de la fraseología. Los candidatos distribuían su biografía. Las circulares degeneraban en folletos; las profesiones de fe se transformaban en verdaderos tratados de economía política y social; declaraciones á veces iracundas y violentas, pero generalmente místicas, humanitarias, casi religiosas. Porque la democracia de aquella época veneraba á Cristo como á un predecesor, mezclaba el elogio del *liberal* Pío IX con el del *magnánimo* Barbès, honraba á los mártires de la Iglesia casi tanto como á los héroes de Febrero, citaba indiferentemente la *Declaración de los derechos del hombre* ó el Evangelio, y la confusión de los espíritus era entonces tan grande que á nadie ofuscaba semejante mezcla.

Así hablaban los candidatos de los clubs y de las reuniones populares. El lenguaje de los conservadores no dejaba de ser extraño. Los antiguos diputados ministeriales, bajo el golpe de una caída demasiado reciente, se abstendían de solicitar los sufragios. Pero el partido legitimista, el partido religioso, el antiguo tercer partido y la antigua oposición dinástica no vacilaban en afrontar el sufragio universal. Y los representantes de estos diversos partidos, disimulando sus deseos y esperanzas, observaban á poca diferencia la misma actitud. Si no habían deseado la república, la aceptaban, y hasta estaban dispuestos á sostenerla lealmente. En este sentido se expresaban los señores de Larcy, Berryer, Falloux, Montalembert, Duvergier de Hauranne, Gustavo de Beaumont y otros. Thiers, ilustrado por el estudio de la historia y la experiencia de los hombres, era el

único que no vacilaba en afirmar «que el régimen constitucional era suficiente á sus ojos para asegurar al país una prudente libertad.»

II

Las elecciones se verificaron el 23 de abril, día de Pascua. En muchas poblaciones rurales, los campesinos, después de la misa, se agruparon tranquilamente en torno del alcalde y del cura y se fueron en masa á la cabeza del cantón para votar. Los habitantes de las ciudades mostraron igual celo en acudir á las urnas, y, salvo raras excepciones, votaron con la misma calma. En París, el orden no cesó de reinar.

Sólo al cabo de algunos días se pudieron hacer conjeturas sobre la agrupación probable de los partidos en la futura Asamblea nacional.

El partido legitimista había conquistado unos ciento treinta puestos: entre los elegidos figuraban los señores Berryer, Falloux, Laboulie y Larcy. El partido religioso hizo volver á la Cámara su gran orador, Montalembert, y sacó también triunfantes á tres obispos y algunos sacerdotes, entre los cuales descollaba el ilustre padre Lacordaire. El antiguo tercer partido y el antiguo centro izquierdo volvían á la vida parlamentaria con los señores Dufaure, Billault, Vivier y Remusat. La antigua izquierda dinástica reaparecía con Odilón Barrot, Duvergier de Hauranne, Gustavo de Beaumont y Malleville. Como se ve, exceptuando los últimos ministros de la monarquía aún sospechosos y proscritos, exceptuando á Thiers y á Molé que las elecciones parciales iban pronto á devolver á la vida pública, todos los personajes que habían gozado de alguna nombradía en las anteriores Cámaras estaban llamados á tener su puesto en la representación nueva. Sin embargo, todas estas fracciones reunidas no formaban más que una cuarta parte escasa de la Asamblea, que se componía de novecientos miembros. El partido republicano podía reivindicar todo el resto, y como disponía del número, parecía tener asegurado el dominio.

Sin embargo, reinaba poca satisfacción en el campo democrático, porque si el país había enviado á la Cámara una mayoría republicana, había indicado también claramente la clase de república que se proponía sostener.

El nombre que por cima de todos salió triunfante de las urnas fué el de Lamartine. Este no sólo fué el candidato que obtuvo mayor número de votos en París, sino que también fué elegido en diez departamentos. Su popularidad, destinada á tantas alternativas, era entonces igual á la de los más grandes ciudadanos. Pero lo que la nación saludaba en Lamartine no era tanto al hombre que había hecho la República cuanto al que había sabido contenerla. Por un síntoma no menos significativo, sus colegas más adictos á su política, Dupont de l'Eure, Arago, Garnier Pagès, Marie y Marrast, seguían inmediatamente detrás de él en la lista de los elegidos por el departamento del Sena, mientras que Ledru-Rollín ocupaba el vigésimocuarto lugar en la misma lista, y Luis Blanc el vigésimoséptimo. Los obreros inscritos en la candidatura del Luxemburgo fueron todos derrotados, sin excepción, cómo fueron rechazados por los electores parisienses los antiguos

miembros de las sociedades secretas y los jefes de los clubs, tales como Barbés, Raspail, Huber, Flotte, Cabet y Sobrier. En fin, si en ciertos departamentos algunos comisarios del partido radical hicieron triunfar su candidatura; si Barbés, derrotado en París, fué elegido en el Aude; si el Cher nombró á Félix Pyat, los Pirineos Orientales á Esteban Arago, y el Loira á Baune y á Martín Bernard, la mayoría de los diputados elegidos por las provincias eran hombres nuevos, más inclinados á la moderación que á la violencia y destinados á dejarse dominar por los antiguos jefes parlamentarios. En suma, el resultado de las elecciones demostró que el país se sometía sin recelo alguno á la República; pero prefiriendo á los demócratas tachados de radicalismo los hombres de opiniones moderadas que le garantizaban la paz social, para él más preciada que la República misma. Este resultado fué acogido por el partido demagógico con una explosión de dolor y de cólera. Pero, por vivo que fuese en París el resentimiento de la derrota, el partido radical se contuvo ó al menos se reservó, mientras que en Limoges y en Ruán, este mismo partido, más irritado ó menos disciplinado, soportó con menos paciencia la pérdida de sus esperanzas. En ambas ciudades, la derrota de los candidatos demagógicos produjo verdaderas sediciones, que la tropa y la guardia nacional no lograron reprimir sin derramamiento de sangre.

En París, el partido demagógico, ya tan descontento del resultado de las elecciones, halló en los sucesos de Limoges, y sobre todo en los más graves de Ruán, un pretexto para excitar aún más la irritación popular. En los consejos del Hotel de Ville, Luis Blanc, haciéndose intérprete de la fracción radical, proponía que los generales que mandaban en Ruán fuesen llamados inmediatamente á París; su insistencia ocasionó entre él y el ministro de la Guerra, Arago, una de las escenas violentas que tan frecuentes eran en el seno del gobierno (1). El eco de aquellas deplorables disputas repercutía aún en el momento de reunirse la Asamblea constituyente.

III

El 4 de mayo era el día señalado para la apertura del Parlamento. A las doce, los miembros del gobierno provisional se reunieron en el Ministerio de la Justicia, situado en la plaza Vendôme, desde donde se dirigieron á pie hacia el palacio Borbón por la calle de la Paz, los bulevares y la calle Real. En el momento de deponer sus poderes quisieron rodearse de cierto aparato. Los oficiales superiores de la guardia nacional les acompañaban; la guardia nacional y la tropa de línea formaban doble cordón á su paso; dos pelotones de caballería abrían y cerraban la marcha. Un gentío inmenso llenaba calles y ventanas del tránsito. Todas las miradas se fijaban sobre todo en Lamartine, en quien se saludaba al elegido de diez departamentos, al mediador de los partidos, al verdadero soberano de la opinión pública.

Mientras tanto, los diputados iban llegando al palacio legislativo. Como la antigua Cámara era pequeña para

(1) Luis Blanc, *Revolución de 1848*, tomo II, pág. 48.

novocientos representantes, se había improvisado otra en el patio del palacio Borbón, muy incómoda y de malas condiciones acústicas, pero muy vasta. Los diputados iban sentándose sin orden. Aquello parecía más bien un club próximo á celebrar sesión que una Asamblea dispuesta á ejercer la soberanía. La diversidad de actitudes, de lenguaje, de rango social y hasta de trajes, aumentaba la confusión. Antiguos condenados políticos, como Barbés, Baune y Martín-Bernard, se sentaban al lado de sus jueces. Académicos, magistrados y altos funcionarios se codeaban con obreros convertidos como ellos en legisladores. Al lado de los campesinos del Oeste, que aún llevaban el traje de su país, se veía á Causidière, que por excentricidad ó por obediencia á los decretos del gobierno provisional (2) vestía chaleco blanco de grandes solapas á la moda de la Convención. Sobre el fondo oscuro de los fracs se destacaban las sotanas moradas de los obispos y el hábito blanco del Padre Lacordaire. No había ningún lazo ni concierto previo entre aquellos hombres procedentes de todos los puntos del horizonte y reunidos por el capricho del sufragio universal. Allí estaban Lamennais, cuya fisonomía revelaba largos sufrimientos; Béranger, cuya popularidad parecía desafiar al tiempo; Odilón Barrot, á quien muchos diputados habían visto el año anterior en los banquetes reformistas de sus departamentos; Berryer, campeón popular de una causa que no lo era; Montalembert, que con su reciente discurso sobre los asuntos de Suiza se había colocado á la altura de los príncipes de la elocuencia. Las tribunas ofrecían un espectáculo no menos pintoresco que el recinto legislativo.

Tan pronto como se hubo establecido un poco de orden en el seno de aquella vasta confusión, el diputado más viejo, que era Audry de Puyraveau, y los más jóvenes constituyeron la mesa de edad. Era la una y cuarto. Al mismo tiempo una salva de artillería anunció la llegada de los miembros del gobierno provisional.

Dupont de l'Eure subió á la tribuna y manifestó que había llegado el momento para el gobierno provisional de la República de depositar en manos del poder supremo de los representantes del país el poder ilimitado de que había sido investido por la Revolución.

«Fieles á nuestro origen y á nuestras convicciones personales, añadió el presidente del Consejo, no vacilamos en proclamar la República naciente de Febrero... Hoy inauguramos los trabajos de la Asamblea al grito que ha de mantenerla siempre unida: ¡Viva la República!»

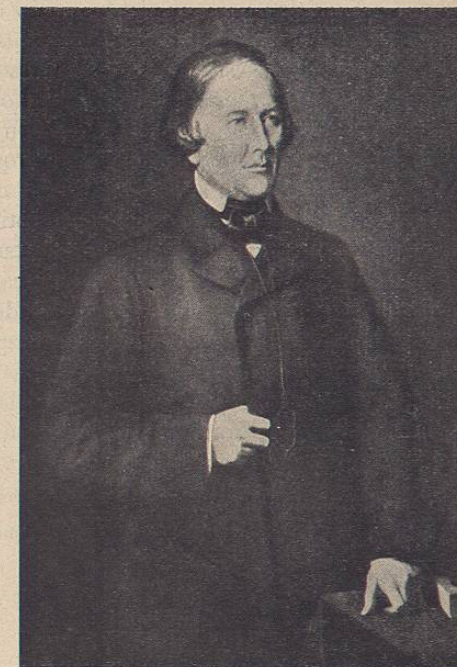
Después de este discurso, los representantes se retiraron á las secciones para examinar las actas. A las tres y media reanudóse la sesión y empezaron los informes sobre las elecciones. Pero se veía que gran parte de la Asamblea deseaba hacer reconocer inmediatamente la República. Intérprete de esta idea, Demóstenes Ollivier propuso que cada diputado fuese llamado sucesivamente á la tribuna á prestar juramento á la República *una é indivisible*. La proposición no prosperó, pero

(2) El gobierno provisional, por medio de un decreto de 30 de abril, había creído deber reglamentar el traje de los representantes del pueblo.

IV

Habiendo cesado de existir el gobierno del 24 de febrero, había que crear un poder ejecutivo interino que funcionase hasta que se votara la Constitución.

En las secciones parlamentarias no se hablaba más que de la organización de dicho poder. Después de mucho discutir, quedaban sobre el tapete dos sistemas principales. El primero confiaba el gobierno á la Asamblea, que había de delegar el cuidado de la administración en un presidente del consejo y en ministros nom-



Montalembert
(Cuadro de Pichon. Museo de Versalles)

los gritos de «¡viva la República!» que se elevaban de todas partes demostraban que, si los representantes rechazaban la idea de un juramento individual, no querían regatear su adhesión al símbolo nuevo. A fin de que esta adhesión pudiese formularse solemnemente, el Sr. Berger leyó en la tribuna la siguiente proposición:

«La Asamblea nacional,

»Fiel intérprete de los sentimientos del pueblo que acaba de nombrarla,

»Antes de empezar sus trabajos,

»Declara, en nombre del pueblo francés y á la faz del mundo entero, que la República proclamada el 24 de febrero de 1848 es y seguirá siendo la forma del gobierno de Francia.»

A estas palabras, estallaron los aplausos. Los representantes, en pie, repitieron el grito de «¡viva la República!» y toda la retórica de los clubs corrió á raudales. Se calculó que en aquella sesión la República fué aclamada diez y siete veces.

El general Courtais, comandante de la guardia nacional, subió á la tribuna y dijo: «Ciudadanos representantes: el pueblo pide que los miembros del gobierno provisional se sirvan presentarse en el peristilo del Palacio, acompañados de la Asamblea nacional.» La proposición fué adoptada, y los miembros del gobierno provisional y el presidente de la Asamblea, seguidos de todos los representantes, salieron al peristilo del Palacio. Allí resonó con más fuerza que nunca el grito de «¡viva la República!» dado alternativamente por el pueblo y por los representantes.

El día siguiente, los diputados siguieron examinando las actas, y eligieron luego la mesa definitiva, siendo nombrado presidente M. Buchez, teniente de alcalde de París y uno de los hombres que mejor personificaban las tendencias generosas y quiméricas de una parte del partido republicano. Médico, filósofo, economista, historiador, dotado de una inteligencia más elevada que clara y más extensa que poderosa, Buchez era el representante más autorizado de la República ideal y humanitaria: tipo bastante común entonces, pero desconocido hoy.

Aprobadas todas las actas y constituida la mesa, Lamartine subió, el 6 de mayo, á la tribuna, y en nombre de Dupont de l'Eure, cuya avanzada edad no le permitía ciertas fatigas, presentó á la Asamblea una exposición general de la política del gobierno; exposición famosa que, relegando hábilmente en la sombra los actos inicuos ó dudosos y presentando en plena luz las medidas generosas, rodeaba la revolución de Febrero de una leyenda tan poética como su protagonista.

En aquel tiempo de declamación universal, el extenso discurso de Lamartine pareció insuficiente. Cada uno de los miembros del gobierno provisional y de los ministros subió á su vez á la tribuna á presentar el resumen especial de su administración. Arago, Marie y Bethmont fueron los únicos que se abstuvieron de explicar su gestión administrativa.

El día 8 de mayo, la Asamblea declaró por medio de votación solemne, á la cual sólo Barbés y tres ó cuatro representantes más se negaron á asociarse, que *el gobierno provisional había merecido bien de la patria*.

brados por ella y perpetuamente revocables; el segundo proponía hacer elegir por los representantes una *Comisión ejecutiva* que fuese investida de una autoridad propia y eligiese sus ministros.

Los miembros de las antiguas Cámaras, los legitimistas, los representantes de la antigua izquierda dinástica y los republicanos más moderados se inclinaban en general hacia la primera solución.

La segunda solución encontraba en el partido democrático sus principales apoyos. Sin embargo, la realización del plan que consistía en crear una *Comisión ejecutiva* oriunda de la Asamblea suscitaba muchas cuestiones delicadas. Dicha comisión ¿sería la resurrección pura y simple del gobierno provisional? ¿Se compondría, por el contrario, de tres ó cuatro miembros solamente? Y en este último caso, ¿quiénes serían estos miembros? De todas maneras, la dificultad era grande, y quizá se hubiera abandonado la combinación, si de pronto no hubiese encontrado en Lamartine el auxiliar más inesperado.

Lamartine era, en aquel momento, el verdadero dictador de la opinión. Para ser más tarde, bajo el imperio de la Constitución futura, el presidente de la República francesa, no tenía más que dejarse llevar de la corriente de su fortuna. ¿Por qué extraña aberración de

espíritu prefirió al prestigio de un poder único los cuidados y divisiones de un poder compartido, y comparado con sus enemigos? Él mismo ha explicado que sin la alianza de Ledru Rollín se consideraba incapaz de dominar al partido radical (1). Hay que creer que era entonces sincero, pues, al obrar así, se convertía en el más cruel enemigo de su reputación y de su gloria. Sea como fuere, en sus entrevistas con sus colegas del Hotel de Ville no vaciló en apoyar la creación de una comisión gubernamental, é insistió porque en ella tuviese representación el partido más avanzado. En virtud de este acuerdo, M. Dornés leyó el 8 de mayo en la tribuna una proposición para que la Asamblea confiara el poder ejecutivo á una comisión compuesta de cinco miembros y para que estos cinco miembros fuesen los ciudadanos Lamartine, F. Arago, Ledru-Rollín, Garnier-Pagés y Marie. El principio de la moción fué escuchado en silencio. Pero cuando el Sr. Dornés quiso leer los nombres que proponía al sufragio de sus colegas, estalló un verdadero tumulto. Con la susceptibilidad propia de las Asambleas nuevas, los representantes se indignaron de que se les quisiese imponer una candidatura. La indignación fué tan grande, que el presidente tuvo que suspender la sesión. Al reanudarse, después de media hora de interrupción, el Sr. Dornés reprodujo su proposición, sin designar personas. Los diputados se reunieron en secciones para nombrar una comisión encargada de examinar la proposición Dornés y todas las otras relativas á la constitución del poder ejecutivo.

(1) Lamartine, *Histoire de la révolution de février*, tomo II, pág. 373.

La comisión se reunió aquella misma tarde, y en su seno se rasgaron todos los velos. Después de mucho discutir, emitió dictamen favorable al nombramiento directo de los ministros por la Asamblea.

El día siguiente, 9 de mayo, leyóse el dictamen de la comisión en la Asamblea y se abrió en seguida la discusión. Apoyó el dictamen Odilón Barrot. Pero Lamartine combatió las conclusiones de la comisión é hizo triunfar el sistema de nombramiento de una comisión ejecutiva encargada de nombrar á su vez á los ministros. La Asamblea acordó confiar el poder ejecutivo á una comisión de cinco miembros, eligiendo á los señores Arago, Garnier-Pagés, Marie, Lamartine y Ledru Rollín.

El deseo de Lamartine quedaba cumplido. Pero éste había alcanzado su victoria más contra sí mismo que contra el partido del orden.

Un mensaje anunció el día siguiente el nombramiento del ministerio. Cremieux tuvo la Justicia, Recurt el Interior, Duclerc la Hacienda, el vicealmirante Cazy la Marina, Carnot la Instrucción pública; Bethmont, Trélat y Flocón recibieron respectivamente las carteras de Cultos, Obras públicas y Agricultura y Comercio. El teniente coronel Charras desempeñó interinamente el ministerio de la Guerra hasta la llegada del general Cavaignac; M. Bastide, secundado por Julio Favre, subsecretario de Estado, fué nombrado ministro de Negocios extranjeros. Marrast siguió siendo alcalde de París, y Caussidière prefecto de policía. Como se ve, el personal del antiguo gobierno provisional se perpetuaba en el nuevo régimen.

LIBRO QUINTO

EL ATENTADO DEL 15 DE MAYO

- SUMARIO: I (*Extracto del texto de La Gorce*).—Irritación del partido demagógico contra la Asamblea; intención de destruirla ó avasallarla. Se busca una ocasión para alterar el orden; cuestión de la organización del trabajo; cuestión polaca.—Conciliábulos en casa de Sobrier y en el salón Doullans; se decide una manifestación para la cual Polonia servirá de pretexto; fecha del 15 de mayo adoptada; disposiciones de los jefes de club y de las fuerzas insurreccionales; el 13 de mayo.—Medidas de defensa acordadas por el presidente de la Asamblea y por la Comisión ejecutiva; mando superior confiado al general Courtais; el general Courtais en el Estado mayor; sus instrucciones, su falta de precisión; seguridad engañosa.
- II (*Extracto del texto de La Gorce*).—Organización de la manifestación; ésta parte de la plaza de la Bastilla; el cortejo sigue la línea de los púlevares; las disposiciones hostiles se acentúan; la Comisión ejecutiva recibe informes alarmantes, pero cuenta con el general Courtais.—Insuficiencia del general; incertidumbre de sus órdenes; su inmovilidad en el Estado mayor; la manifestación le sorprende; el general le sale al encuentro para cerrarle el paso; fracaso de su tentativa; mala inteligencia, á causa de la cual la primera legión se ha quedado en la alcaldía; débiles fuerzas que guardan el puente de la Concordia; increíble actitud de Courtais; éste manda despejar el arroyo del puente, desarma á la resistencia y hace abrir las verjas; el palacio es invadido.
- III (*Extracto del texto de La Gorce*).—Sesión parlamentaria: interpelaciones sobre Polonia. Discurso de Wolowski; tumulto fuera; grito de alarma de Degoussé; los amotinados en el salón de sesiones; intervención de Luis Blanc; Raspail lee la petición; Barbés; Blanqui; tumulto creciente; amenazas contra varios representantes; se oye el toque de llamada; indescriptible desorden; proposición de Barbés; Huber declara la Asamblea disuelta; el presidente Buchez abandona el salón; los representantes se dispersan; su consternación; aspecto del salón de la Asamblea después de la partida de los representantes; Barbés y Albert se marchan al Hotel de Ville.—Llegada de la guardia móvil y de la guardia nacional; se reanuda la sesión.
- IV.—Lamartine y Ledru-Rollín se van al Hotel de Ville; de qué manera extraña Barbés, Albert y sus amigos se habían instalado en la casa de la ciudad; qué decretos habían dictado.—Su arresto.—Arresto ó huida de todos los fautores de la sedición.
- V.—Noche del 15 de mayo; fisonomía de la Asamblea; medidas de firmeza imperiosamente reclamadas por los representantes; cólera contra Luis Blanc: la Comisión ejecutiva se decide á realizar algunos actos de energía; destituciones; Caussidière llamado al Pequeño Luxemburgo; singularidad de su actitud; su proclama; su discurso el 16 de mayo en la Asamblea; su retirada.—Carácter de la jornada del 15 de mayo. Sus consecuencias.

I

Apenas instalada la Asamblea, los vencidos del escrutinio se propusieron destruirla por medio de la violencia ó avasallarla por medio de la intimidación. Hacía tiempo que habían anunciado tales propósitos. La cuestión estaba en ver con qué apariencias cubrirían su audaz proyecto.

Creyóse de pronto que la cuestión de la organización del trabajo proporcionaría el pretexto deseado. Mientras los miembros del antiguo gobierno provisional se habían perpetuado, ya en la Comisión ejecutiva, ya en los grandes empleos públicos, Luis Blanc, con su compañero Albert, había sido eliminado. Disimulando mal su despecho, subió el 10 de mayo á la tribuna y pidió la creación de un *ministerio del progreso*. La Asamblea escuchó con una impaciencia poco disimulada sus ambiciosas teorías; en cambio prodigó sus aplausos al representante Peupin, obrero, que se expresó en estos términos: «No quiero un ministerio del progreso, porque no conozco ningún ministerio de la rutina. Pido que el ministerio del trabajo sea simplemente el ministerio de Obras públicas... Delegado de los trabajadores cerca de la comisión del Luxemburgo, no diré que esa comisión haya sido culpable, por la sencilla razón de que no es culpable el que no ha hecho nada...» La proposición de Luis Blanc fué desechada casi por unanimidad. Como era de esperar, la mayor parte de los delegados del

Luxemburgo, muy diferentes del representante Peupin, sintieron vivamente la derrota. Como se había anunciado una fiesta oficial para el 14 de mayo, con el nombre de *fiesta de la Concordia*, la irritación de dichos delegados se manifestó en el siguiente cartel fijado el 11 en las esquinas de París:

«OBREROS:

»No habiéndose cumplido las promesas hechas en las barricadas, y habiéndose negado la Asamblea nacional, en su sesión del 10 de mayo, á constituir un ministerio del trabajo y del progreso, los obreros, delegados del Luxemburgo, se niegan á asistir á la fiesta llamada de la Concordia.

»París, 11 de mayo de 1848.

»LAGARDE, presidente; BESNARD, vicepresidente; GODÍN, LAVOIE, LEFAURE, DELET, PETIT.»

Durante algún tiempo, los descontentos pensaron sacar partido de aquellas disposiciones hostiles en provecho del desorden.

Pero surgió entonces una ocasión mejor para disturbios. Cada día llegaban desconsoladoras noticias del gran ducado de Posen, donde los polacos, siempre sin esperanza y siempre sin miedo, luchaban por su independencia. Aquellas noticias eran tan graves, que habían determinado una interpelación parlamentaria, incluida en la orden del día del 15 de mayo. No había